

ARGUMENTO DEL SEXTO LIBRO

Aristóteles, en el primer libro, anduvo inquiriendo en qué consistía la felicidad humana, y halló que en el vivir conforme a recta razón. Y porque el vivir conforme a recta razón requiere el vivir conforme a virtud, en el se- 5
gundo anduvo inquiriendo qué cosa era virtud. Después hizo dos maneras de virtudes: unas morales, de las cuales ha tratado en el tercero, cuarto y quinto libro, y otras del entendimiento, de las cuales propone tratar en el presente. Pero por cuanto hasta aquí se ha hecho mucha 10
mención de la recta razón, y hasta agora no se ha declarado qué cosa es, trata primero qué cosa es la recta razón y en qué consiste; después trata de las partes del alma, para declarar cada virtud a qué parte del alma co-
rresponde; tras desto trata de los hábitos del entendi- 15
miento, sciencia, arte, prudencia, entendimiento, sabiduría; de las partes de la prudencia, del buen consejo, del buen juicio, del buen parecer, de la utilidad de la sabiduría y prudencia: de la hermandad grande que entre sí tienen todas las virtudes. 20

LIBRO SEXTO

DE LAS ÉTICAS O MORALES DE ARISTÓTELES ESCRITOS A NICOMACO, SU HIJO, Y POR ESTO LLAMADOS NICOMAQUIOS

CAPÍTULO PRIMERO

CUÁL ES LA RECTA RAZÓN Y CUÁL ES SU DIFINICIÓN

5

En el primer capítulo declara ser la recta razón la que endereza las cosas al fin perfeto, y obrar conforme a recta razón ser obrar conforme a lo que se requiere para alcanzar el fin. Después propone las partes del alma, y declara ser una capaz de razón y otra que carece della; y que de la que carece no se trata aquí, pues se ha ya tratado en lo pasado; porque las virtudes morales consisten en esta parte que carece de razón. Divide asimismo la parte que consiste en razón, en una que no cae en consulta, que es la sciencia (porque ninguno consulta si dos veces dos hacen cuatro, pues es cosa cierta), y otra que cae en consulta, que es la opinión. Estas dos partes del ánimo no son así partes como la pierna y brazo son del cuerpo, pues siendo el ánimo espíritu, no tiene cantidad ni partes desu manera, sino que son dos facultades suyas, que se llaman partes por una manera de metáfora.

10

15

20

Pero por quanto habemos dicho en lo pasado, que habemos de elegir el medio, y no el exceso ni el defecto, y el medio es aquel que la recta ra-

zón dicta, conviene que lo dividamos esto. Porque en todos los hábitos de que arriba se ha tratado, hay alguna cosa puesta como por fin y blanco, como en todas las demás, al cual, teniendo ojo el que tiene la razón, tira o afloja. Hay, pues, término en las medianías, que decimos que consisten entre el exceso y el defecto, y son regladas conforme a recta razón. Y el decir esto es decir verdad, aunque no se pueda dar la demostración dello.

10 Porque en las demás consideraciones, de que tenemos sciencia, es verdad decir que no se ha de hacer ni mayor ejercicio ni menor, ni se ha de reposar más ni menos, sino que se ha de tomar el medio según que la recta razón aconsejare, porque con solo esto tener uno, no ternía más que

15 saber. Como si se preguntase cuánto mantenimiento conviene dar al cuerpo, y respondiese uno que tanto cuanto manda la medicina y el hombre que en ella fuere docto. Por tanto, conviene que en los hábitos del alma no sólo sea así verdad

20 esto que se ha dicho, pero aun también que se entienda clara y distintamente cuál es la recta razón y cuál su definición. Ya, pues, dividimos las virtudes del alma, y unas dijimos que eran de la costumbre y otras del entendimiento. De las mo-

25 rales, pues, ya habemos tratado. Tratemos, pues, agora de las otras, disputando primero del alma desta suerte. Quanto a lo primero, pues, ya está dicho cómo el alma tiene dos partes: una capaz

de razón y otra que carece della. Agora, pues, tratemos por la misma orden de la parte que es capaz de razón, y presupongamos primero que hay dos maneras de cosas que consisten en razón: una de aquellas cosas que vemos ser de tal manera, que sus principios no pueden dejar de ser así, y otra de aquellas cuyos principios pueden ser de otra manera. Porque para entender cosas de género diverso, también es menester que haya parte de ánimo que sea de género diverso, y que sea conforme a lo que se ha de entender, pues han de alcanzar el conocimiento de las cosas conforme a cierta semejanza y propiedad que con ellas tengan. Llámese, pues, la una destas scible y la otra disputable, porque el consultar y el disputar, todo es una misma cosa. Ninguno, pues, consulta lo que no puede ser de otra manera; de manera, que lo consultable es una parte de las cosas que consisten en razón. Consideremos, pues, cuál es el mejor hábito de cada parte destas, porque aquélla será su virtud, y la virtud es la que le inclina a su propia obra.

CAPÍTULO II

CÓMO HAY TRES COSAS EN EL ALMA PROPIAS DEL EFECTO Y DE LA VERDAD: EL SENTIDO, EL ENTENDIMIENTO Y EL APETITO

Ha propuesto de tratar de las dos partes de nuestro entendimiento: la una cierta, en que consiste la sciencia, y la otra probable, en que se funda la opinión. Para mejor

tratar dellas, declara en el capítulo segundo la origen de nuestro conocimiento y de nuestro obrar, y pone por origen de nuestro conocimiento los sentidos, y del obrar el entendimiento y el apetito. Porque si pusiésemos por caso que se viese un hombre falto de todos los sentidos, este tal ninguna noticia de cosas ternía en su entendimiento, sino que sería como es el del niño antes que venga a sentir en el vientre de la madre. Y en el obrar, cada uno se mueve o según entiende o según apetece. Compara después el entendimiento con el apetito, y muestra que lo mismo que es en el entendimiento verdad, es en el apetito rectitud; y lo que allí es mentira, aquí es depravación. De do sucede que, así como el entendimiento lo que tenía temerariamente por verdadero, tratándolo lo halla muchas veces falso, de la misma manera lo que sin consideración los hombres apetece, alcanzado, desengaña y sale falso; y de aquí nace que nuestro apetito es tan inquieto, y que el consejo del hombre muy ejercitado en negocios es mejor que el del hombre mozo y poco experimentado, porque le ha burlado más veces su apetito y el suceso de las cosas.

Tres cosas, pues, hay en el alma, que son la origen de un hecho y de la verdad: el sentido, el entendimiento, el apetito. Destas tres cosas el sentido no es principio de hecho ninguno, lo cual se vee claramente en las fieras, las cuales, aunque tienen sentido, con todo eso ningún negocio tratan en común. Lo que es, pues, en el entendimiento la afirmación y negación, lo mismo es en el apetito el seguir y el rehusar. De manera que, pues la moral virtud es hábito escogido voluntariamente, y la elección voluntaria es apetito puesto en consul-

ta, colígese de aquí que la razón ha de ser verdadera, y el apetito y deseo recto, si la elección ha de ser buena, y que de los dos la razón ha de ser cosa que se pueda decir, y el deseo cosa que se pueda seguir. Éste, pues, es el entendimiento y la 5
verdad activa. Porque en la verdad que solamente es contemplativa, y no sirve para hacer ni tractar cosa ninguna, el decirse cómo es o al revés, es su verdad o su mentira, porque éste es el oficio de 10
todo entendimiento. Pero la verdad de lo que se entiende para haberse de poner por obra, ha de ser conforme al recto y buen deseo. Es, pues, la elección el principio del hecho, de la cual procede también el movimiento, mas no el fin por que 15
se hace. Pero el principio de la elección es el apetito o deseo, y la razón que por causa de otra cosa se da, de manera que nunca hay elección sin entendimiento y aprensión, ni tampoco sin moral 20
deseo. Porque ni el negociar bien ni el negociar mal en cualquier hecho no puede acaecer sin entendimiento y costumbre. Aunque este entendimiento ninguna cosa mueve sino la que a otro fin se encamina, y es activo, porque éste es el que gobierna 25
a la que obra, porque cualquier que obra, obra por fin alguno, ni es jamás lo que se obra el último y absoluto fin, sino particularmente de algo, y en respecto de algo, pero eslo la obra que se hace, porque el bien negociar y tratar las cosas es el fin, y el deseo a éste se endereza. Y por esto se dice

que o el entendimiento apetitivo o el apetito que se
entiende es la elección. Y tal principio como éste
es el mismo hombre. Ninguna cosa, pues, que ya
haya pasado, cae en elección, como agora ninguno
5 elige el haber tomado por armas a Troya, ni tam-
poco se consulta jamás de lo pasado, sino de lo porve-
nir y contingente, porque lo que ya es pasado, no
puede ya dejar de haber sido. Y por eso dijo muy
bien Agatón:

10 A la potencia de Dios
 Sólo esto es defendido:
 El hacer que no haya sido
 Lo que ya pasó entre nos.

El oficio, pues, de ambas las dos partes del en-
15 tendimiento es entender la verdad, y así aquellos
hábitos son dos virtudes de cada una destas par-
tes, en los cuales más verdad halla cada una dellas.

No entienda ninguno que es falta de la potencia de
Dios lo que aquí dice Aristóteles. Porque no está la falta
20 sino en la misma cosa, que contiene en sí repugnancia,
y implica, como dicen los lógicos, contradicción, como
estar uno juntamente vivo y muerto, sano y enfermo. Y
el no poder hacer esto no es falta de potencia.

CAPÍTULO III

25 DE LOS CINCO HÁBITOS DEL ENTENDIMIENTO, Y DE LAS COSAS
DE QUE SE TIENE SCIENCIA, Y DE LA MISMA SCIENCIA

Comienza ya, después que ha declarado la origen y prin-
cipio de nuestro entender y obrar, a tratar de los hábitos

del entendimiento. Propone cómo son cinco: arte, ciencia y prudencia, sabiduría, entendimiento. Trata primero de la ciencia, declarando en qué género de cosas consiste.

Comenzando, pues, como de nuevo, tratemos 5
destos hábitos del entendimiento. Cinco son, pues, las cosas en las cuales, o afirmando o negando, dice nuestro ánimo verdad: arte, ciencia, sabiduría, entendimiento. Porque en las cosas que consisten en parecer y opinión, puede acaecer decir mentira. De aquí, pues, se colige qué cosa es la ciencia, si claramente queremos hablar, y no seguir semejanzas y metáforas. Porque todos tenemos por cierto que aquello que sabemos no puede ser de otra manera. Porque las cosas que de otra manera pueden ser, cuando están apartadas de nuestra vista, no sabemos si son así o si no. De manera que lo que se sabe es cosa que necesariamente sucede, y por la misma razón es cosa perpetua. Porque las cosas que necesariamente son, todas, generalmente hablando, son perpetuas, y todo lo que es perpetuo jamás nació ni pereció. A más desto, toda ciencia parece que es apta para enseñar, y todo lo que se puede saber se puede aprender. Y toda ciencia, como dijimos ya en los libros *Analíticos*, 25
procede de cosas primeramente entendidas. Porque unas cosas se saben por inducción, y otras por discurso de razón. Lo que se sabe por inducción son los primeros principios, y las cosas muy co-

munes y universales. Pero el discurso de razón
procede de la universal. Aquellas proposiciones,
pues, de donde procede el discurso de razón o
silogismo, son los principios, los cuales no se pue-
den probar por discurso de razón, sino sólo por
5 enumeración de cosas singulares, que llaman in-
ducción. De manera que la sciencia es un hábito
demostrativo, con todos los demás arrequives que
propusimos en los libros *Analíticos*. Cuando uno,
10 pues, en alguna manera cree una cosa, cuyos prin-
cipios le fueren declarados, entonces se dice que
la sabe. Porque si no entiende los principios, más
de verás se dirá que sabe accidentalmente la
conclusión. De la sciencia, pues, desta manera que-
15 de disputado.

Esta materia, aunque aquí la pone Aristóteles, más es
lógica que moral, como él mismo claramente lo confiesa.
Y así, el que no fuere lógico, pase por ella ligeramente,
como por cosa que para materia moral importa poco.
20 Sólo entienda qué discurso de razón es cuando de unas
verdades se sañan y coligen otras desta manera. Pues toda
cosa compuesta de muchas cosas diferentes y contrarias,
de necesidad ha de perecer por la contienda que las unas
llevan con las otras, y vemos que todos los hombres son
25 compuestos de cosas diferentes y contrarias: carne, hue-
so, calor y frío; colígese que todos los hombres de nece-
sidad han de perecer. Inducción es cuando probamos ser
verdad una cosa dicha en común, demostrando experien-
cia de muchas cosas singulares en favor de aquélla, como
30 si probamos que todo hombre ha de morir, pues vemos
que murió el emperador, nuestro señor Carlos V, y el

príncipe, su nieto, y cada día vemos morir unos y otros, y no sabemos que haya hombre ninguno que siempre dure. Principios son unas verdades que no se pueden probar sino por estas particulares experiencias y inducciones, como en la geometría éstas: cualquier cosa entera 5 es mayor que ninguna de las partes; de cualquier punto a otro cualquier punto se puede echar una línea recta. Destos principios y discursos y inducciones, puestos en un particular argumento y materia de cosas, se hacen las ciencias, como puestos en materia de enfermedades vienen a hacer la medicina. De todo esto tratamos claramente en la introducción que publicamos para la *Lógica* de Aristóteles, y muy largamente en los comentarios que sobre su lógica tenemos escritos, si a luz salieren algún día. Pero esto, como dije, para el filósofo moral, que 15 para su utilidad lee esta materia, no importa mucho.

CAPÍTULO IV

DEL ARTE

Arte entiéndela aquí Aristóteles como la entiende el vulgo cuando llama arte al oficio del zapatero, del sastre y del herrero, y así la distingue de la ciencia. Que, en realidad de verdad, arte es vocablo más general que ciencia, y cualquier ciencia es arte, aunque no cualquier arte sea ciencia. Hace dos maneras de artes: una, que consiste en solo el entendimiento, y obra con discurso de razón, como el arte de edificar o navegar, y otra, que está puesta toda en el obrar por sola la experiencia, como las artes que vulgarmente mecánicas llamamos. Siempre distingue Aristóteles el hacer y el obrar desta manera, que el hacer lo atribuye a los ejercicios del entendimien- 30

to, y el obrar a las cosas de defuera. Así distinguen en griego *piin* y *prattin*; en nuestra lengua no se guarda tan al vivo esa distinción.

En las cosas que pueden suceder de otra manera, hay algo que las puede hacer y poner por obra. El hacer, pues, y el obrar son cosas diferentes, como ya en nuestras *Vulgares Disputas* lo probamos. De manera, que el hábito que obra conforme a razón es diferente del que hace conforme a razón, ni debajo de si el un hábito al otro comprende. Porque ni el obrar es hacer, ni el hacer obrar. Porque la arquitectura una de las artes es, y un hábito que hace conforme a uso de razón, ni hay arte ninguna que no sea hábito que hace conforme a uso de razón, ni por el contrario cosa que hábito sea, que haga conforme a uso de razón, que no sea arte. De manera, que toda es una misma cosa arte y hábito que conforme a verdadera razón hace. Toda arte, pues, se emplea en hacer de nuevo alguna cosa, y en poner por orden y concierto, y considerar cómo se ha de hacer alguna cosa de las que no acaecen de necesidad, o en cómo ha de ser o dejar de ser, y cuyo principio está en mano del que las hace y no en la cosa que se hace. Porque el arte no se ejercita en las cosas que necesariamente se hacen o suceden de necesidad, ni tampoco en las que por naturaleza, porque todas estas en sí mismas tienen su principio. Y, pues, el hacer y el obrar son cosas diferentes, de necesi-

dad el arte ha de ser de lo que se hace y no de lo que se obra. Y, en cierta manera, la fortuna y el arte consisten en una misma manera de cosas, como Agatón dice:

De la fortuna el amor
Requiere el arte tener;
También ella ha menester
Que le dé el arte favor.

5

Es, pues, el arte, como ya está dicho, un hábito que hace conforme a verdadera razón, y la ignorancia de arte, por el contrario, es un hábito que en las cosas que pueden suceder de otra manera, hace conforme a razón falsa.

10

CAPÍTULO V

DE LA PRUDENCIA

15

En el capítulo quinto trata de la prudencia, distinguiéndola de la ciencia y del arte en esto: que la ciencia considera las cosas en comunidad, porque de las cosas particulares, pues ni tiene cierto número, ni son ciertas, no se tiene ciencia; pero la prudencia requiere-se en cosas particulares. Item, el arte trata las cosas que entre sí guardan cierta regla y concierto; pero las cosas que requieren prudencia, no tienen cierta regla ni concierto. Declara resplandecer esta virtud en dos géneros de cosas señaladamente: en regir bien una familia, y gobernar bien una república.

20

25

De la prudencia podremos tratar desta manera, considerando qué personas son las que solemos

llamar prudentes. Parece, pues, que el propio
oficio del prudente es poder bien consultar de las
cosas buenas y útiles para si, no en alguna parti-
cular materia, como si dijésemos en lo que vale
5 para conservar la salud o la fuerza, sino en qué
cosas importan para vivir prósperamente. Lo cual
fácilmente lo podemos entender de esto: que en
alguna cosa particular decimos ser prudentes, los
que en las cosas que no consisten en arte dan bue-
10 na razón y la encaminan a algún buen fin. De ma-
nera, que generalmente hablando, aquél será pru-
dente, que es apto para consultar con él las cosas.
Ninguno, pues, consulta jamás las cosas que no
pueden acaecer de otra manera, ni tampoco las
15 cosas que no está en su mano hacerlas o dejarlas
de hacer. De manera, que, pues la sciencia se al-
canza con demostración, y las cosas cuyos princi-
pios pueden ser de otra manera no tienen demos-
tración, y no se puede consultar de las cosas que
20 de necesidad suceden, colígese de aquí que la pru-
dencia, ni es sciencia, ni tampoco arte. No scien-
cia, porque aquello que trata puede suceder de
otra manera, ni tampoco arte, porque el obrar y
el hacer tienen los fines diferentes. Resta, pues,
25 que la prudencia sea un hábito verdadero y prác-
tico que conforme a razón trata los bienes y ma-
les de los hombres. Porque el hacer tiene el fin
diverso, pero el obrar no, porque el propio fin [es]
el hacer bien aquella obra. Por eso a Pericles y a

sus semejantes los juzgamos por prudentes, porque son personas suficientes para considerar lo que a sí mismos y a los demás hombres conviene. Tales como éstos nos damos a entender que son los que rigen bien sus casas y la república, y por esto, a la prudencia la llamamos en griego *sofrosine*, que en aquella lengua quiere decir cosa que conserva el entendimiento, porque conserva tal o tal parecer. Porque lo aplacible y lo molesto no todo parecer pervierten (que este parecer: todo triángulo tiene tres ángulos iguales a dos rectos, o que no los tiene, no lo pervertirán), sino los pareceres que se dicen en el tratar de los negocios. Porque los principios de los negocios que se tratan es el fin porque se tratan; pero el que por contento o pesadumbre se destruye y gasta, no luego puede ver los principios, y así ni por consejo deste tal no conviene que se delibere ni trate cosa alguna, porque el vicio destruye los principios. De manera, que la prudencia de necesidad ha de ser hábito, que conforme a buena razón trata de los bienes y males de los hombres. Pero el arte tiene alguna virtud, mas la prudencia no tiene, y en el arte, el que voluntariamente hierra, más perfecto es que el que por ignorancia, lo cual es al revés en la prudencia, así como en las virtudes. De do se colige que la prudencia es una especie de virtud, y no arte. Siendo, pues, dos las partes de aquella porción del ánimo que es capaz de razón, la pru-

dencia será virtud de aquella parte que consiste en opinión, porque así la opinión como la prudencia consiste en las cosas que pueden suceder de otra manera. Pero no solamente es hábito conforme a razón, lo cual con esta señal se entiende: que el hábito conforme a razón puede admitir olvido, pero la prudencia no puede.

CAPÍTULO VI

QUE SÓLO EL ENTENDIMIENTO PERCIBE LOS PRINCIPIOS
DE LAS COSAS QUE SE SABEN

Declarada el arte y la prudencia, trata del cuarto hábito del entendimiento, que por excelencia, o por falta de no tener otro vocablo, toma el nombre de la misma facultad y se llama entendimiento. Este hábito, pues, es aquella natural luz con que nuestro entendimiento se conforma con las primeras verdades, que son los principios de las ciencias, los cuales, por ser principios y no tener medios con qué probarse, y por ser una verdad clarísima, no tienen necesidad de otro sino de declarar qué significan aquellos vocablos; y declarado esto, el entendimiento, con su propia luz, sin argumento ni maestro, les da crédito. Como: cualquier cosa entera es mayor que cualquiera de sus partes, declarado qué es cosa entera, qué son partes, lo cree luego nuestro entendimiento; ni está en su mano el dejarlo de tener por verdad más que del ojo percibir el color, si impedimento no le ponen. De tales principios como éstos proceden las ciencias de las cosas.

Pero por cuanto la ciencia es aprehensión de cosas generales y que proceden de necesidad, y

las cosas que se demuestran y cualquiera sciencia tiene sus principios, pues procede la sciencia por discurso de razón, el entender los principios de la cosa que se demuestra, ni será sciencia, ni tampoco arte, ni prudencia, porque toda cosa de que se tiene sciencia es demostrable, y las artes y prudencia consisten en cosas que pueden suceder de otra manera. Tampoco es sabiduría el conocimiento de los principios, porque es propio del sabio tener demostración de cada cosa. Pues si en las cosas que verdaderamente afirmamos ni jamás mentimos, ora consistan en lo que no puede ser, ora en lo que puede ser de otra manera, consisten la sciencia, la prudencia, la sabiduría, el entendimiento, y el conocimiento de los principios no puede ser de ninguno destos tres (llamo tres la prudencia, la sciencia, la sabiduría), resta que haya de ser entendimiento.

CAPÍTULO VII

DE LA SABIDURÍA

De los cinco hábitos del entendimiento, sólo restaba por tratar de la sabiduría, de la cual trata en el capítulo presente, y demuestra que sabiduría es nombre de perfición, añadido sobre la sciencia y sobre el arte, y pruébalo por el común modo de hablar, pues decimos que uno es sabio pintor o entallador, cuando en aquella arte es muy acabado. En fin, concluye diciendo que la sabiduría consiste en entender muy bien los principios de las más graves cosas, y lo que dellos se colige.

En las artes, pues, atribuímos la sabiduría a lo que en ellas son más acabados, y así decimos que Fidias es un scultor sabio y Policleto un sabio en tallador, en lo cual no entendemos otra cosa por la sabiduría, sino la virtud y excelencia que tuvo cada uno dellos en su arte. También juzgamos a otros por sabios, así común y generalmente, y no en cosa alguna particular, como Homero escribe de Margites:

10 A éste ni los dioses lo hicieron
 Sabio en cavar, ni en cultivar la tierra,
 Ni otro saber alguno concedieron;

de do se colige que la más perfecta sciencia de todas es la sabiduría. Conviene, pues, que el sabio no solamente entienda lo que de los principios se colige, pero que aun los mismos principios los tenga muy bien entendidos, y la verdad que tienen. De manera que el entendimiento y la sciencia juntos harán la sabiduría, y la sciencia de las más preciosas cosas será como cabeza de la sabiduría. Porque parece cosa del todo ajena de razón que uno tenga a la disciplina de la república y a la prudencia por la cosa de mayor virtud, sin que el hombre sea la cosa mejor que haya en el mundo. Y si lo saludable y provechoso no es todo uno en los hombres y en los peces, y lo blanco y lo derecho siempre es todo uno, cosa cierta es que lo sabio todos dirán siempre que es uno, pero lo prudente diverso. Porque aquello dirán ser prudente,

que en cada cosa entienda qué es lo que le conviene, y a este tal le encomendarían las cosas. Y por esto de algunas fieras se dice bien que son prudentes, como de aquéllas que parece que tienen facultad de pronosticar lo que para la conservación de su propia vida les conviene. Consta, pues, que no es todo una misma cosa la disciplina de república y la sabiduría. Porque si llaman sabiduría la que considera las propias utilidades, seguirse ha que hay muchas diferencias de sabiduría. Porque no es una ciencia la que considera todos los bienes de los animales, sino que cada bien tiene su particular ciencia; si no que queramos decir que todas cuantas cosas hay tienen una manera de medicina. Ni importaría nada que dijésemos que el hombre es el más principal de todos los animales, porque otras cosas hay que son de más divina naturaleza que no el hombre, como son estas tan ilustres de que el mundo está compuesto. Colígese, pues, de lo dicho claramente que la sabiduría es ciencia y entendimiento de las cosas, cuya naturaleza es del mayor precio y quilate. Y, por tanto, de Anaxágoras, y de Tales, y de otros varones semejantes, se dice que fueron sabios; pero no dijieran que eran prudentes, si vieran que lo que particularmente les convenía no lo entendían. De tales, pues, como éstos se dice que saben lo que es demasiado saber, y las cosas admirables, y dificultosas, y divinas, pero que no saben lo que les

cumple, porque no procuran los humanos bienes ni intereses. Porque la prudencia consiste en cosas humanas y en aquéllas de que suelen los hombres consultar. Porque el más particular oficio del varón prudente decimos que es el aconsejar bien, y ninguno consulta jamás de las cosas que no pueden acaecer de otra manera, ni menos de las cosas que no tienen algún fin, que sea bien que pueda ponerse por obra. Y el que de veras ha de ser buen consejero, en lo que al hombre le es mejor, ha de ser hombre que, con discurso de buena razón, pueda conjeturar las cosas que se puedan hacer y poner por obra. Ni considera la prudencia las cosas generales solamente, sino que ha de entender también las particulares, pues es virtud de bien obrar, y las obras consisten en las cosas particulares. De aquí sucede que algunos que no entienden ciencia son más suficientes para tratar negocios que algunos que la saben, y en cualquier cosa los que tienen más experiencia. Porque si uno sabe así, comúnmente, que las carnes ligeras son de buena digestión y provechosas para el cuerpo, si no sabe qué carnes son ligeras, ninguna salud dará al cuerpo; pero el que entendiere que las carnes de las aves son ligeras y saludables, más salud le acarreará. Es, pues, la prudencia virtud de bien tratar negocios, y así conviene que tenga ambas a dos noticias o, sobre todo, la particular. Y en esto hay alguna parte que es como gobernadora de las otras.

CAPÍTULO VIII

DE LAS PARTES DE LA PRUDENCIA

Ya está entendida la diferencia que hay entre la ciencia y la prudencia, que aquélla considera las cosas o contemplativas o activas así en común, pero la prudencia 5
consiste en tratar bien los negocios en particular. Pues como todos los negocios, o sean comunes, o particulares, y los comunes sean sin comparación de mayor valor que los que a cada uno particularmente toca, Aristóteles, en el capítulo presente, propone las partes de la prudencia, 10
que son en los negocios particulares la disciplina de bien regir una casa, que se llama la Economía, y en los comunes pone tres partes: la prudencia en hacer buenas y saludables leyes para el buen gobierno de todos, a quien en su lengua llama *nomothesia*; la prudencia en juzgar bien 15
las causas y contiendas que se ofrecen entre los ciudadanos, la cual parte se llama *dicastice*, que quiere decir judiciaria; la tercera, prudencia en el proveer las cosas tocantes al vivir y menesteres de la vida, la cual propiamente quedó con el nombre de disciplina de república. 20
Estas tres partes bien regidas son las que conservan el estado de las ciudades, reinos y provincias, y las que las destruyen, no administradas como deben.

Es, pues, la disciplina de la república y la prudencia 25
un mismo hábito, aunque el estado de cada una dellas es diverso. En la prudencia, pues, que se emplea en el gobernar bien una república, la cabeza y principal parte es la que consiste en el hacer las leyes. Pero la que las particulares cosas 30
considera, tiénese el nombre común y llámase dis-